

dera gravedad de la situación, pues ignoraba el incremento que habían tenido las fuerzas de su adversario desde la conquista de Cerdeña. El Senado creía simplemente tener que habérselas con un enemigo puesto en las condiciones en que en 241 le había colocado Lutacio Cátulo. Ignorando por completo los planes de Aníbal y animados por una confianza excesiva, no hicieron los romanos grandes preparativos y ordenaron á uno de los cónsules del año 218, Tiberio Sempronio Longo, que con la escuadra y su ejército se dirigiera á Sicilia, que desde Lilibeo pasase al África, y que una vez allí, dirigiese sus ataques contra Cartago. El otro cónsul, Publio Cornelio Escipión, recibió la orden de hacerse á la vela desde Pisa en dirección á los cantones hispanos del Norte del Ebro, con dos legiones y el número correspondiente de tropas aliadas, para entretener á las de Aníbal. Pero mientras Sempronio, muy entrada ya la primavera, se dirigía á Sicilia, vióse Escipión en Italia en la imposibilidad de marchar rápidamente á España. Hacia mucho tiempo que Aníbal estaba en relaciones secretas con los celtas, los cuales esperaban que la llegada de las tropas cartaginesas les librara del yugo de Roma. Los mismos romanos, temerosos de que con motivo de la nueva guerra se promoviese un levantamiento en el Po, se apresuraron á completar sus colonias militares. La noticia, que en 218 había llegado á los celtas, de que Aníbal había pasado el Ebro, fué causa de que se declararan en abierta sublevación, siendo los boyos y los insubrios los que primero se sublevaron contra Roma. Los boyos atacaron de improviso á los colonos romanos, se dirigieron á Mutina, bloquearon esta fortaleza, y, valiéndose de una traición, hicieron prisioneros á los tres senadores emisarios que estaban encargados del establecimiento de las colonias. El pretor L. Manlio, que con una legión se encontraba en Ariminum, al tener noticia de estos sucesos, se dirigió á Mutina, pero atacado en las espesas selvas de aquella comarca, vióse derrotado y obligado á retirarse á Tannetus, aldea fortificada de las cercanías del Po. En tales circunstancias, decidió el Senado enviar á la Alta Italia las tropas que se destinaban á España, debiendo, en su consecuencia, el cónsul Escipión esperar durante mucho tiempo en Roma hasta que se hubiesen organizado otras dos legiones. Por fin, pudo salir de la ciudad del Tiber en el mes de agosto; pero al llegar á Massilia, después de una travesía por mar, supo con sorpresa que Aníbal, con un poderoso ejército, había pasado los Pirineos y se aproximaba á marchas forzadas á las comarcas que baña el Ródano. Entonces comenzaron los romanos á sospechar cuáles eran los planes estratégico-políticos del general cartaginés, y trataron de enterarse lo más rápida y minuciosamente posible de la dirección seguida por Aníbal. Escipión, en vista de las noticias que recibió, envió á la orilla izquierda del Ródano un fuerte contingente de caballería, pero al regresar esta, después de una corta ausencia, supo que había llegado demasiado tarde á la Galia (esto acontecía á mediados de setiembre) para contener la marcha de los africanos. Aníbal, cuya excelente caballería húmeda había trabado un sangriento combate con los romanos, poco afortunado para estos, se encontraba en la comarca de Avenio (hoy Avignon), que se extendía á la orilla izquierda del caudaloso río: y cuando en vez de dirigirse contra el ejército consular y de proseguir su marcha hacia Génova, torció camino hacia el Norte, reconoció Escipión que los cartagineses hacían este rodeo para atravesar los Alpes é invadir la Alta Italia. Uno de los hechos que más caracterizan la tenacidad y constancia de los romanos, así como el desconocimiento de los peligros que habían de temer por parte de Aníbal, es que Publio Escipión envió á España la mayor parte de su ejército, bajo las órdenes de su hermano Cneo, marchando él con escasas fuerzas hacia

Pisa, con el objeto de reunir en la Alta Italia las tropas que le eran necesarias.

Aníbal podía decir con satisfacción que había logrado llegar á la orilla izquierda del Ródano sin haber encontrado resistencia por parte de los romanos. El prudente general, hechos todos sus preparativos y después de haber llegado los contingentes españoles, á quienes había licenciado durante el invierno de 219 á 218, envió al África, como rehenes, á la par que como guarnición, 15,000 españoles; destinó á España otros tantos africanos, y aseguró á Cartago dotándole de una fuerte guarnición. Aníbal confió el mando de las fuerzas que se encontraban en España y de la escuadra de 57 buques á su hermano Asdrúbal, el cual en aquella comarca, tenía el encargo de organizar un ejército de 12,000 infantes, 2,500 caballos y 21 elefantes, que con el tiempo habían de ayudarle á la realización completa de sus planes en Italia. Durante la primavera del año 218, Aníbal con 90,000 infantes, 12,000 caballos (todos veteranos de África, España y las Baleares) y 37 elefantes, salió de la Cartago hispánica, dirigiéndose hacia el Norte. Después de haber atravesado el Ebro, encontró un obstáculo que le opuso la actividad de los romanos, deseosos de atacarle, y que pudo ser muy perjudicial á los planes que respecto de Italia había concebido. Los pueblos que no dependían aun de Cartago, es decir, los que vivían entre el Ebro y los Pirineos, instigados y animados por los romanos, se mostraron tan hostiles y tenaces, que Aníbal, á quien tan precioso era el tiempo, se vió obligado, para sojuzgarlos rápida y enérgicamente y para asegurar la mitad oriental de aquellas comarcas, á sostener una serie de batallas que le costaron la pérdida de 20,000 hombres, y hubo de dejar al general Hannon con 10,000 infantes y 1,000 caballos, á fin de conservar aquellos territorios y de asegurarse los pasos de los Pirineos orientales. Asimismo tuvo que licenciar, al pasar la línea de los Pirineos, á un número igual de soldados españoles, porque comprendió que aquella gente no se hallaba dispuesta á emprender una campaña por países hostiles y desconocidos. De suerte, que Aníbal, al entrar en las Galias por San Juan de Luz, solo disponía de 50,000 infantes y de 9,000 caballos; pero en cambio este ejército se componía de tropas escogidas, adictas por completo á su general, que había prometido á los soldados africanos el derecho de ciudadanía cartaginesa, en caso de que terminase felizmente la guerra de Italia.

La marcha de los cartagineses al través de la Galia meridional se llevó á cabo sin obstáculo alguno durante las cuarenta millas que les separaban del Ródano, pues los caudillos de estas comarcas, gracias á la diplomacia y al oro de Aníbal, le permitieron seguir adelante. La astucia y la energía vencieron la resistencia que les opusieron los volces, tribu que pertenecía á la clientela de la ciudad de Massilia. Aníbal forzó el paso del Ródano, y los celtas sufrieron una gran derrota. Pero faltaba todavía lo principal, que era penetrar en Italia: para ello Aníbal no emprendió la marcha por la costa, sino que prefirió cruzar los Alpes, es decir, la antigua línea por la cual los celtas transalpinos solían invadir las comarcas del Po. El general cartaginés supo por los celtas aliados de la Alta Italia que la marcha, si bien muy difícil para un ejército, era realizable; y trató de llegar á toda prisa, entre los pueblos celtas de la Alta Italia, á la base de operaciones deseada, alejándose en lo posible de los obstáculos que á su paso podían oponer los romanos. Aníbal, acompañado del caudillo boyo, Magilo, y de otros guías celtas que se le unieron en el Ródano, subió por este río hasta Isara (Isère); para llegar al valle del alto Isère, siguió la orilla derecha de esta corriente, pasando por la rica comarca de los allobroges celtas, donde el auxilio que prestó á un caudillo que estaba en guerra con otro del mismo pueblo, fué muy provechoso para el ejér-

cito africano. El paso de los Alpes graicos, hecho que los contemporáneos y las posteriores generaciones han comparado con las hazañas de Hércules, celebrando con legendarias hipéboles las dificultades del camino y el talento del gran cartaginés, exigió fatigas y trabajos inauditos que ocasionaron grandes pérdidas al ejército de Aníbal. La marcha seguida por los cartagineses fué probablemente la siguiente: el valle de Chambéry y del alto Isère, y el pequeño San Bernardo, por el territorio de los salasios, que se hallaban bajo la clientela de los insubrios, territorio que hoy lleva los nombres de Aosta y de Ivrea y que está situado junto al Dora Baltea. Quince días necesitó el ejército para llevar á cabo esa expedición, digna de los tiempos heroicos. Los ataques de algunos pueblos montañeses, como los allobroges y los centrones, las dificultades que á su paso oponían el camino, el hielo, la nieve, el frío y la falta de víveres ocasionaron grandes pérdidas á los cartagineses, de suerte que, cuando seis meses después de haber salido de la Cartago hispánica, Aníbal llegó, en octubre del año 218, al hermoso valle de Ivrea, solo tenía 20,000 infantes (12,000 africanos y 8,000 españoles) y 6,000 caballos para operar en las comarcas objetivo de sus planes.

Pero la suerte le favoreció, pudiendo vengarse muy pronto de la falta cometida por Publio Escipión: en efecto, si este cónsul hubiese conducido en seguida todo su ejército desde Massilia á Génova y desde Génova al alto Po, hubiera podido derrotar por completo á las tropas de Aníbal, diezmadas y aniquiladas por el cansancio, en cuanto hubiesen aparecido en el valle de Ivrea. Pero, en vez de esto, los atrevidos invasores pudieron descansar y reorganizarse tranquilamente, someter á los taurinos ligurios, enemigos de los insubrios, conquistar el alto valle del Po y aprestarse á dirigir sus ataques contra los mismos romanos.

La noticia de la entrada de Aníbal en la Alta Italia naturalmente destruyó por completo todos los planes del Senado. Sicilia se mostraba favorable á los romanos, pues el rey

Hieron se mantenía fiel á los tratados: á esto y á la vigilancia de Hieron y del pretor M. Emilio se debió que fracasase una tentativa hecha por los cartagineses para apoderarse con 35 buques de Lilibeo: además la escuadra cartaginesa fué derrotada, poco después, por una escuadrilla romana. Cuando el cónsul Sempronio, con 160 buques, entre los cuales se encontraba la escuadra de Siracusa, reconocía las costas meridionales de Sicilia y arrebatada á los cartagineses la isla de Malta, la triste noticia de los acontecimientos de la Alta Italia le obligó á dirigirse hacia el Norte: Sempronio solo pudo robustecer con 50 buques la escuadra de Emilio, pues hubo de destinar un contingente de embarcaciones á la persecución de una escuadra cartaginesa que asolaba las costas itálicas de Bibo, ordenando que sus tropas se dirigiesen á toda prisa á Ariminum, parte por tierra atravesando la larga península, parte por mar cruzando el Adriático.

En el entre tanto, el cónsul Escipión reunía en la Alta Italia las tropas que allí habían sido enviadas para vencer la sublevación de los celtas, ó sea el contingente que pocos meses antes había acudido, á las órdenes del pretor Cayo Atilio, al auxilio del pretor Manlio y que nada importante había hecho. Escipión, á fin de acosar á los africanos antes de que pudiesen juntarse con los celtas, pasó el Po por Plasencia, y subiendo por este río, se presentó delante de los cartagineses, los cuales, saliendo de Turin, se dirigían al Este. Después de haber atravesado el Tesino se encontró Escipión de repente con un fuerte contingente de caballería mandado por el propio Aníbal, trabándose entre ella y la infantería ligera de los romanos un sangriento combate, en el cual estos salieron completamente derrotados. El cónsul, herido, debió su salvación á su hijo Publio, joven audaz de 17 años que después había de ser el vencedor de Zama. Los romanos hubieron de huir á toda prisa á Plasencia, no sin sufrir nuevas pérdidas en la retirada. La primera batalla de importancia de esta nueva guerra en el territorio itálico, había sido favorable á los cartagineses.

CAPÍTULO III

SEGUNDA GUERRA PÚNICA

- I. Aníbal. El pueblo romano.—II. La batalla de Trebia.—III. Guerra en España. Situación de los romanos.—IV. Cayo Flamínio. Derrota de los romanos en el lago Trasimeno.—V. Aníbal se dirige á la Baja Italia. Quinto Fabio Máximo Cunctator.—VI. Guerra en España. Batalla de Canas. Derrota y enérgico proceder de los romanos.—VII. Capua y los sabelios se pasan á Aníbal. Desgracia de los cartagineses en España.—VIII. Macedonia. Situación militar de Aníbal y de los romanos respecto á Capua.—IX. Marco Claudio. Marcelo. Victorias de los romanos en Italia y en España.—X. Muerte de Hieron. Siracusa abandona la causa de Roma.—XI. Filipo V contra los romanos. Guerra macedonio-etólica.—XII. Lucha en Italia. Marcelo sitia y conquista Siracusa. Toma de Tarento.—XIII. Muerte de los Escipiones en España (212). Aníbal delante de Roma. Toma de Capua (211).—XIV. Muerte de Marcelo. Publio Cornelio Escipión. Escipión conquista la Nueva Cartago.—XV. Asdrúbal se dirige á Italia. Asdrúbal en Italia. Derrota de los cartagineses en el Metauro.—XVI. Grecia. Guerra macedonio-etólica. Filopemen.—XVII. Escipión se apresta en Sicilia para pasar al África. Q. Pleminio.—XVIII. Victorias de Escipión en África. Batalla de Zama. Paz de Escipión.

I.—ANÍBAL. EL PUEBLO ROMANO

Ya hemos visto cómo empezó en el suelo itálico la más temible de todas las guerras que conmovieron hasta la época de Sila el mundo antiguo, lucha en extremo peligrosa para el porvenir de Italia y de los romanos. Las horrorosas huellas que dejó la obra destructora con que el gran cartaginés intervino en la historia de esta nación, no habían desapareci-

do todavía cuando la invasión de los germanos, pues la segunda guerra púnica solo puede compararse con la cruel y exterminadora lucha emprendida por el bizantino Justiniano I contra el pueblo heroico de los ostrogodos. Mas adelante veremos que Roma, después de diez y siete años de encarnizada lucha, pudo por fin vencer al héroe africano. Pero pocas naciones han pagado tan caras, como pagó entonces la latina, la salvación de su porvenir y la conquista de la supremacía.

cia universal. Roma é Italia, despues de la victoria de Zama, habian cambiado por completo, así interior como exteriormente, habiendo terminado la obra en que se jugaba su existencia con un enorme déficit, pues el hijo de Amílcar, como leon mortalmente herido, habia inferido á la república militar de Italia heridas de muerte que nunca mas habian de cicatrizarse.

La colosal figura del héroe africano, cuya grandeza militar no pudieron igualar los mas grandes soldados, que, ya vencedor ya vencido, no tuvo igual ni le encontraron los romanos en la senda de su dominacion universal hasta el campo de batalla del Osning y hasta las ruinas de Sarmizegethusa y Ctesifonte, fué el mayor objeto de terror y odio para los romanos de su época. Las posteriores generaciones romanas y cuanto de ellas dependia no pudieron nunca hacer la debida justicia á este grande hombre. Para Roma, Aníbal era el demonio de la muerte en forma de hombre, al cual se pintaba con colores infernales, aborreciéndole como á un verdugo dotado de los crueles instintos del tigre. Y sin embargo, las modernas investigaciones, que siguen con profunda simpatía, al través de una larga serie de siglos, la trágica lucha entre un pueblo orgulloso, fuerte, y altamente patriótico, y un general en cuya persona se encarnan la pasion, el patriotismo, los grandes rasgos, la poderosa fuerza de otra nacion que con inusitada energía luchaba contra una muerte inminente, nos pintan de una manera muy distinta al hijo de Amílcar. Nosotros no queremos medir á los grandes hombres de todos los pueblos antiguos con el mismo rasero moral con que juzgamos á las figuras análogas de nuestros tiempos. Aun cuando el elemento preponderante en la historia de Aníbal es la enemistad contra Roma, preciso es confesar que ni este odio le cegó por completo, ni menos era de ruin condicion. Por mas que su férrea mano se dejase sentir en Italia, no puede tachársele de bárbaro; y en una lucha, en la cual entre los horrores que por ambas partes se cometieron, pocos, muy pocos casos se dieron de magnanimidad y de moderacion, no encontramos en la historia de Aníbal, á no ser que se le culpe de los horrores cometidos por jefes de segundo órden, hecho alguno que traspase los límites del antiguo y cruel derecho público y de guerra; y en cambio tenemos ocasion de admirar en él no pocos rasgos caballerescos. Este cartaginés, en quien por entonces nadie quiso ó nadie supo ver un grande hombre, y á quien solo su destino impidió conquistarse la fama de superior gobernante, fué el enemigo mas peligroso que podian encontrar los romanos. Al frente de su ejército itálico, pudo haber dado pruebas de poder dictatorial, ya que podia obrar por sí y ante sí, sin que le molestara ningun gobernante, poderdante, ni colega; pero su suerte le obligaba á no dar á conocer sus brillantes dotes mas que como excelente caudillo. Pocos generales han sabido como él entusiasmar á sus soldados, aunque su ejército se componia de una amalgama de contingentes de distintas procedencias, y tenerlos tan adictos á su persona y á su causa. Dotado espiritual y físicamente de inagotable perseverancia y de admirable ductilidad, apto para dirigir una guerra de ataque y una ofensiva tenaz, inteligente en sus operaciones, gran táctico y excelente batallador, aunque poco afortunado en los sitios, admiraba á amigos y enemigos por la destreza con que sabia apreciar los elementos psicológicos de la guerra, conformando sus disposiciones con el carácter de cada uno de sus adversarios, por la sabiduria con que disponia de sus medios auxiliares, por la prudencia con que concebía sus planes, por su astucia guerrera, por la fuerza de su penetracion y de sus prudentes cálculos, que tenian en cuenta todas las probabilidades, y por el arte con que su infatigable actividad sabia

combinar la rapidez y la audacia con la perseverancia, la prevision y la sangre fria.

Si toda esta fuerza heroica y todas estas dotes no pudieron evitar, despues de una serie de triunfos extraordinarios, la completa destruccion de Cartago, debióse á la accion de un conjunto de circunstancias que se volvieron contra Aníbal. Por un lado, encontróse con las inagotables fuerzas naturales de los romanos y con un artístico edificio político-militar, sin que pudiese completar nunca por su parte los prometidos factores que habian de cooperar á sus planes. El prudente cálculo político de las fuerzas que se dirigian contra Roma era excelente en teoría, pero en la práctica se vió claramente cuánto se habia equivocado Aníbal al hacerlo; así, entre otras cosas, hemos de ver mas adelante cuán ilusorio fué el auxilio que se esperaba de Macedonia. Además, el éxito obtenido en las primeras empresas, como por ejemplo la sublevacion celta del Pò, fué luego perjudicial á sus planes ulteriores, pues la alianza de las salvajes y sanguinarias hordas célticas con los cartagineses aumentó la profunda antipatía que los itálicos sentian por los semitas africanos. Mas aun; así como el Senado romano se habia equivocado en su apreciacion de las fuerzas y energía de los cartagineses, así tambien se equivocó Aníbal respecto de las que las tribus itálicas y griegas de las posesiones romanas, á excepcion de Tarento y de una parte de los siciliotas y de los sabelios, podian proporcionar al Senado. Por último, los cartagineses no contaban con tantos elementos de guerra como los romanos, pues en cuanto estos hubieron cegado las fuentes de los socorros de España, el Africa no se vió en estado de robustecer suficientemente la accion de Aníbal.

El segundo motivo trascendental que ocasionó la derrota de este, fué que entre su pueblo ninguno podia, ni con mucho, compararse con él. Cierito que entre los cartagineses se encontraban muchos hombres excelentes de tercera fila, pero en todos los lugares por donde se extendía el fuego de esta guerra, que llegaba hasta el Egea, hasta el Atlántico y las estepas que formaban las fronteras húmidas, los hombres, en los cuales confiaba Aníbal como órganos necesarios de su defensa, dejaban mucho que desear por su talento y dotes intelectuales, así como por su fuerza y perseverancia.

Pero lo verdaderamente invencible fueron la fortaleza del pueblo romano, y la incansable perseverancia y fuerza heroica del Senado. El pueblo señor del Tiber, no tuvo durante los diez y siete años que duró la guerra de Aníbal, ni tampoco durante la época que termina con la revolucion y la guerra civil, ningun hombre que sobresaliera de un modo excepcional, ni política ni militarmente, pues el mismo vencedor de Zama no puede ser comparado con el general cartaginés; pero en cambio mostráronse durante este período en todo su esplendor las grandes condiciones del pueblo romano. Esta nacion nos ofrece en aquellos tiempos pocos hechos dignos de alabanza, si exceptuamos los de Escipion, el salvador de su padre en el Tesino. Pero una época en que un gran Estado se ve convertido en teatro de la guerra, y en que de la espada depende el porvenir de toda una nacion, no es muy propia para dar expansion á los nobles rasgos de la naturaleza humana.

La temible rudeza, la inquebrantable tenacidad, la audaz perseverancia y la firmeza de los romanos y del Senado son ciertamente dignas de admiracion, sin que deba concederse grande importancia, dadas las condiciones y la duracion de esta guerra, al salvajismo á que poco á poco fué entregándose el ejército romano. Pero la desapiadada crueldad con que los romanos castigaron y vengaron todas las sublevaciones que se promovieron aquende y allende el estrecho de Mesina, solo puede tolerarse comparándola con la dureza con que el

Senado se negaba á devolver sus prisioneros de guerra. La abundancia de medios, la perseverancia de la asolada nacion latina y la consecuencia de la política del Senado, contrabalancearon la fuerza de un Aníbal. Muchos desastres hubo de sufrir el pueblo romano antes de apartarse de las luchas intestinas y antes de que el desden y la arrogancia con que en un principio consideró á los cartagineses desapareciesen é hiciesen paso á la temible energía, por cuyo medio la enemistad de Roma fué, hasta la destruccion del imperio, mortal á todos los pueblos de la antigüedad, á excepcion de los germanos. Por de pronto la estrella de Roma estaba oscurecida por densas nubes.

II.—LA BATALLA DE TREBIA

Despues de su derrota á orillas del Tesino, el cónsul Escipion se habia retirado á toda prisa á la fortaleza de Plasencia que, como Cremona, se hallaba poblada por 6,000 colonos, levantando al Oeste de esta plaza fuerte y en la orilla derecha ú oriental del Trebia, afluente del Po, un campamento fortificado para mantenerse á la defensiva contra los ataques de los cartagineses. Pocos dias despues apareció en las cercanías del campamento romano Aníbal, el cual, habiendo atravesado el Po mas arriba del Tesino, presentó la batalla al cónsul y tomó sus posiciones á dos horas y media de distancia del campamento de Escipion. El motin de los celtas que se encontraban en el campo romano, su desercion al campo cartaginés y la sublevacion cada vez mas peligrosa de los celtas de la Alta Italia, hicieron tan dificil la situacion del cónsul, que decidió huir, durante la noche, de la proximidad de los cartagineses, y subiendo, segun parece (pues este es uno de los enigmas militares de la segunda guerra púnica), las primeras alturas de los Apeninos, acampar y fortificarse en la orilla izquierda ú occidental del Trebia. En su fuga fué imposible salvar los almacenes de Clastidium. Tomadas sus nuevas posiciones, detuvo los grandes movimientos de los cartagineses, mientras la enemistad de los cenomanos, adictos á Roma, debilitaba la accion de los demás celtas. En tales circunstancias, pudo el cónsul Sempronio, en diciembre del año 218, salir de Ariminum y reunirse con Escipion.

Un ejército compuesto de 40,000 excelentes soldados itálicos, á los cuales se agregaron algunos pueblos cenomanos, se encontró, pues, frente á frente de los 38,000 cartagineses, cuya caballería, que con el contingente celta se elevaba á 10,000 hombres, era muy superior á la de los romanos, que solo contaba 4,000 jinetes. En cambio su infantería era muy inferior á la de las legiones romanas, pues además de ser muy escaso el número de los veteranos de Aníbal, los contingentes proporcionados por los celtas y los ligurios no podian compararse ni con estos ni con los romanos. Escipion, protegido por un fuerte campamento, por las fortalezas de Plasencia y Cremona y por los cenomanos, pensaba prudentemente evitar toda batalla y obligar á los cartagineses á atacar, en condiciones muy desventajosas, las fortificaciones romanas ó hacer que pasado un invierno disminuyese en la Alta Italia la entusiasta confianza que los inquietos celtas tenian en el auxilio de Aníbal. Sempronio, en cambio, no quiso seguir esta táctica pusilánime. Como la pérdida de los almacenes de Clastidium dificultaba extraordinariamente el aprovisionamiento del numeroso ejército romano, Sempronio, que tan débiles habia visto á los cartagineses en Sicilia y durante la guerra anterior, creyó que con sus fuerzas conseguiria en una sola batalla derrotar á Aníbal, cuya talla de general no conocia, y librar á Italia de la ocupacion cartaginesa. Cuando Aníbal, conocedor de los intentos de su enemigo,

ordenó á sus tropas ligeras que, para mas excitar á Sempronio, saqueasen las aldeas situadas entre el Trebia y el Po, habitadas por una parte de los celtas que se habia mantenido fiel á los romanos; cuando despues dejó que la caballería y los lanceros romanos se acercasen al campamento púnico, emplazado en la orilla derecha del Trebia, el cónsul Sempronio, que en mengua de su colega ejercia por sí solo el mando, resolvió no demorar mas la batalla decisiva con el general cartaginés, cooperando inconscientemente á los planes por éste concebidos, y abandonándose á una lucha que tan desfavorable habia de ser á los romanos. Durante la mañana de un frío y lluvioso dia de diciembre, en el solsticio de invierno, envió Aníbal la caballería húmeda á Trebia para hostilizar á los romanos en su propio campamento. Sempronio, que se hallaba desprevenido, aceptó el reto, y sin dar tiempo á que sus tropas tomasen algun alimento, mandó á su caballería é infantería que atacasen al enemigo, el cual, al ver á los romanos, emprendió la fuga hácia el rio. Cuando los perseguidores hubieron llegado á la orilla derecha de este, en el punto que Aníbal habia escogido para campo de batalla, la caballería húmeda se detuvo y los romanos se encontraron en una situacion dificil frente á frente de los fuertes batallones cartagineses. Al propio tiempo llegó Sempronio con el grueso de sus fuerzas; pero al paso que Aníbal habia dejado comer oportunamente á sus tropas y las habia preparado para pelear en invierno, la infantería romana hubo de comenzar la batalla en ayunas y calada de agua, pues el Trebia se habia engrosado durante la noche de tal manera que el agua llegaba, en los puntos vadeables, hasta el pecho de los soldados. Esto no obstante, se portaron con valor; pero muy en breve se vió claramente cuán superior á la de su adversario era la táctica de Aníbal. Las tropas ligeras que habian sido colocadas delante del centro de los romanos y de las cuales solo habia de intervenir una parte en el combate, no pudieron soportar durante mucho tiempo la metralla de los honderos baleáricos y de los lanceros enemigos. Todavía fué mas sensible que la debilitada caballería del cónsul (4,000 caballos) al verse destrozada en las dos alas por la cartaginesa, muy superior á ella, por los elefantes que habian podido resistir el paso de los Alpes, y por los lanceros y flecheros, se dispersara por completo. En cambio la infantería conservó por mucho tiempo su superioridad respecto de la de Aníbal, sin que consiguiera introducir el desórden en sus filas ni la derrota de la caballería romana, ni el ataque de la cartaginesa. Por fin, de un sitio oculto, que no habian visto los romanos, salió un cuerpo de reserva que Aníbal oportunamente habia situado: en efecto, su hermano menor Magon atacó con 1,000 infantes y 1,000 caballos, todos escogidos, la retaguardia de la cansada infantería del cónsul, y entonces la batalla fué ya desesperada para Sempronio. Solo 10,000 de sus infantes y él en persona se hallaban en estado de combatir á los celtas que á su paso se oponian y de abrirse, al través de los cadáveres enemigos, un camino que les llevara á Plasencia. A ellos se unió la diezmada caballería, consiguiendo, por fin, llegar á los muros de la fortaleza. El resto del ejército romano que procuró ganar su campamento, sufrió enormes pérdidas. Acosados por la caballería y elefantería, perecieron muchos en las ondas del Trebia, hasta que la oscuridad, la lluvia y la nieve pusieron fin á la matanza y á la persecucion. Gracias al cansancio de los cartagineses, que tambien habian sufrido grandes pérdidas, y protegido por las sombras de la noche y de la tempestad, consiguió Escipion atravesar á nado el Trebia, con las tropas que se habian salvado, y llegar á Plasencia.

Fué una gran victoria la conseguida sobre los romanos por la superioridad militar de Aníbal, y muy pronto sintió el